



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 43

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA. En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.
Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.
Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.
Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA
LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS
AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS
DE FACIL COBRO.
PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA. En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.
ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.
MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones.—Entredos al crochet.
—Platillo de cordon.—Chaqueta de fulard blanca.—Trage princesa para niña de 8 á 10 años.—Chaqueton de otoño y de invierno.—Trage para niña de 4 á 6 años.—Trage de tafetan violeta.—Enagua de tejido de lana.—Trage de popelina gris.
Un episodio del primer viaje al rededor del mundo.—La vida de la muerte.—A Sofia Esteves.—Recuerdos juveniles.—Logogrifo.—Problemas de ajedrez.—Lámina de tapicería.

to sencillo sobre cada uno de los 6 puntos siguientes de la vuelta anterior.—7 en el aire.—un punto-cadeneta en el primero de los 6 puntos que acaban de hacerse. Vuélvase desde*.

Platillo de cordon ó trencilla de lana.

Se ejecuta de ida y vuelta, limitándose á hacer buclecillos de feston sobre un cabo de trencilla que tenga el largo necesario para la fila, la cual está determinada por el tamaño del platillo que se quiere poner debajo de una lámpara, de un candelero, de una copa. Se principia la labor por una fila de buclecillos, es decir, que se cosen uno con otro lo extremo de 2 trencillas (una del largo necesario para la de buclecillos, y la otra para ejecutar buclecillos separados por un intervalo de un tercio de centímetro). En la 2.^a vuelta los buclecillos se hacen sobre la misma trencilla que las de la vuelta anterior, es decir, que cada buclecillo entre dos de la vuelta anterior en la direccion opuesta. La 3.^a vuelta se hace sobre un nuevo pedazo de trencilla, pero los buclecillos deben ligarse con los de la vuelta anterior (véase el dibujo). Se repiten la 2.^a y 3.^a vuelta, hasta que el platillo tenga el tamaño necesario. Se le rodea con un cordon estrecho, cuyos dos pedazos se emplean en hacer la 1.^a y la 2.^a de las vueltas arriba indicadas.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Entredos al crochet.

Este entredos, atravesado por dos cintas estrechas de terciopelo, se hace de hilo mas ó menos fino, segun el uso á que se le destina; hecho de hilo algo mas grueso, se aplicará como guarnicion encima del obladillo de una enagua, con hilo fino se le utilizará para diferentes objetos de ropa blanca.

Se principia por el medio, es decir, por los dos es círculos, haciendo una cadeneta de 18 puntos, último de los cuales se reune con el primero, lo cual forma un círculo, desde el cual se ejecuta un segundo círculo; se cubren ámbos haciendo cada uno 25 puntos sencillos puestas. Se fija la hebra, y se corta. Se vuelve á empezar de nuevo hasta tener número suficiente de dobles círculos. Se los reune con las vueltas siguientes:

1.^a vuelta.—Un punto sencillo sobre cada uno de los 3 puntos del medio del círculo.—* 3 en el aire.—1 sencillo sobre cada uno de los 3 puntos del medio del segundo círculo. Vuélvase desde

2.^a vuelta.—Un punto sencillo sobre cada uno de los 8 primeros de la vuelta anterior.—7 en el aire.—un punto-cadeneta en el 2.^o de los 8 puntos sencillos que se acaban de hacer, dirigiendo por consiguiente la fila de puntos en el aire de izquierda á derecha para formar un feston.—* un punto en el aire, luego, volviendo atrás sobre el feston, se ejecuta un punto sencillo sobre cada uno de los 3 primeros puntos de este feston.—2 sencillos en el punto del medio del feston.—1 piquillo compuesto de 5 puntos en el aire y de un punto-cadeneta en el primero de ellos.—otro punto sencillo en el del medio del feston.—1 sencillo sobre cada uno de los 3 puntos siguientes.—un punto-cadeneta en el último de los 8 puntos sencillos hechos al principio de esta vuelta.—un punto



CINTURON CON BANDAS.
(Véase su explicacion en la hoja de patrones.)

Chaqueta de fulard blanco.

Hoy nos ocuparemos solamente de la guarnicion de esta chaqueta, cuyo patron hemos dado muchas veces.—Esta guarnicion se compone de tiras al sesgo (del mismo tejido que el de la chaqueta) que tenga 2 centímetros y medio de ancho, fijadas en el sitio que han de ocupar por vivos sin cordon, luego adornadas de cuentas gruesas de cristal tallado, rodeadas de otras mas pequeñas de ámbar, con cascabelillos de lo mismo; un dibujo especial reproduce una parte del collar, ó mejor dicho, de la guarnicion del escote en tamaño natural; esta guarnicion se hace con tiras cortadas al sesgo y bordadas de cuentas. Con este motivo diremos que se hacen muchos collares de estos iguales á los trages y que este es uno de los mas lindos; se los pone sobre el corpiño montante sin coserlos á él y atándolos con un lazo por delante ó por detrás. Publicamos además un lazo en tamaño natural, correspondiente al collar, y colocándose tambien á modo de hombreras; todo esto ejecutado con tafetan negro y cuentas negras, convendría perfectamente á un traje de bizantina ó de tafetan negro.

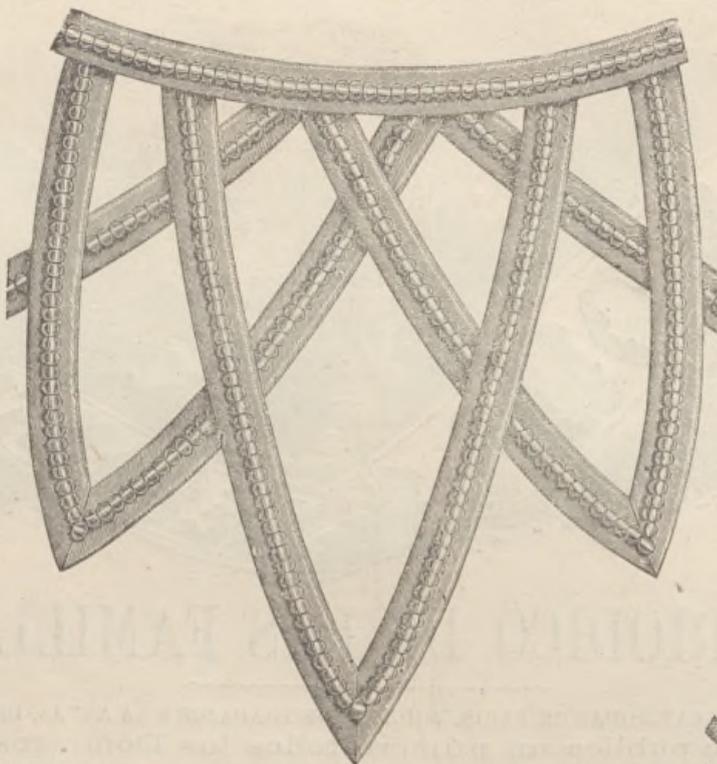
Acompaña á este número el patron n.º 12 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

Trage Princesa para niña de 8 á 10 años.

Figs. 1 á 5 del patron.

Este trage, hecho de tafetan azul (ó cualquiera otra tela de otoño ó de invierno), lleva por toda guarnicion tiras cortadas al sesgo de 2 centímetros de ancho, de tela igual á la del trage; esta tira, cosida por el revés, se redobla al derecho, luego se adorna en el medio con botoncitos de azabache; debajo del borde del trage se cose un volante plegado, de nánsouk ó cachemira sirviendo de zaga-lejo.

Se cortan en tafetan y percalina (forro) dos pedazos por cada una de las figs. 1, 2, 3, la espalda entera por la fig. 4, que representa su mitad; cada una de estas figuras debe prolongarse segun el talle de la niña. Se prepara la manga por la fig. 5. Debajo del borde de cada delantero se añade una tira de percalina de 3 centímetros de ancho; se hacen los ojales en el lado izquierdo, se fijan los botones en el derecho, se cosen juntos los delanteros desde el borde inferior hasta la estrella de la fig. 1, el de la derecha cruzando sobre



COLLAR DE LA CHAQUETA DE FULARD BLANCO, EN TAMAÑO NATURAL.

de la maña poniendo la cruz sobre el punto, luego se la fija en la sisa 31 sobre 31.

UN EPISODIO

DEL

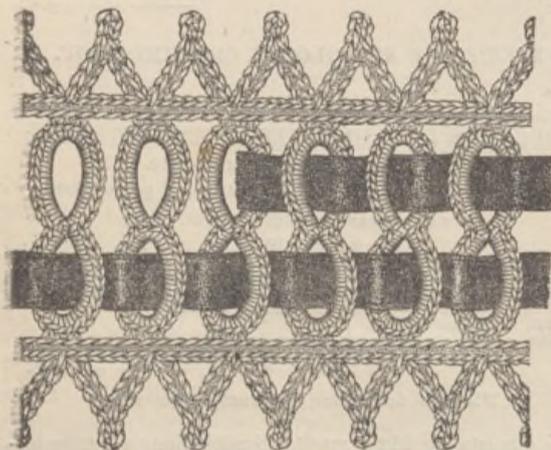
PRIMER VIAGE ALREDEDOR DEL MUNDO.

Insertamos con mucho gusto el siguiente *Episodio del primer viage alrededor del mundo*, produccion bellisima que ha publicado *El Comercio*.

La importancia de un suceso tan grande, cuyo éxito constituye una de las mas legítimas glorias de la marina española, está aquí realizada por la circunstancia de haber partido la famosa expedicion de un puerto de nuestra provincia, esto es, de Sanlúcar de Barrameda.

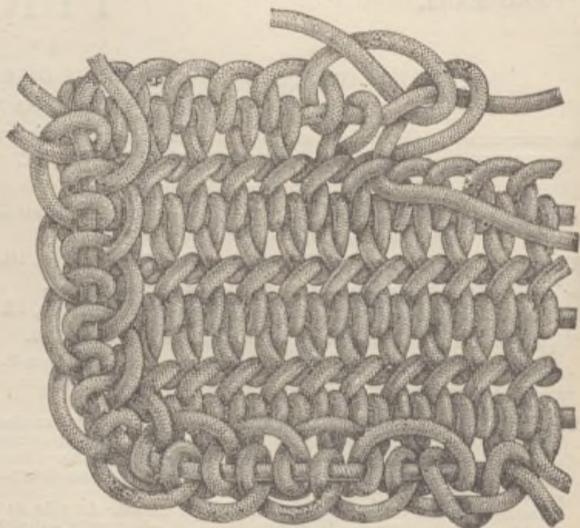
Damos pues nuestro mas cordial parabien por esta nueva prueba de su ingenio, á nuestro buen amigo el ilustrado Sr. D. José María Franco de Teran.

El dia 20 de Setiembre de 1519, el hermoso



ENTREDOS AL CROCHET.

Las carterillas se cosen en la espalda. Las costuras se cubren por el revés con una tira estrecha de lustrina; debajo del borde inferior se pone una tira de lustrina cortada al sesgo. Las dos mitades de cada manga se cosen juntas desde 28 hasta la estrella, desde 30 hasta 31; se respuntea desde la estrella hasta el borde inferior el lado de encima de la manga, luego tambien el borde inferior, y en fin se cose la mitad de debajo de la misma, y se hacen en ella las imitaciones de los ojales. En el borde inferior de la manga se pone una tira de lustrina de 8 centímetros de ancho; se forma un pliegue en el borde inferior



PLATILLO DE CORDON Ó TRENCILLA DE LANA.

el opuesto en un espacio de 2 centímetros, y allí se cosen botones de azabache. Se hace en cada figura la nesga indicada, luego se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales; se forman los pliegues de detrás juntando las cruces y los puntos que llevan las mismas letras; sobre estos pliegues se ponen 2 botones. Por dentro se guarnece el borde de los pliegues con una tira estrecha de percalina. El borde inferior del trage se guarnece con la tira al sesgo arriba descrita. La manga, cosida desde 11 hasta 12, se fija en la sisa (guarnecida de un vivo) juntando las cifras iguales.

Chaqueton de otoño y de invierno.

Figs. 6 á 12 (recto) del patron.

Este pardesús se hace de lana chiné, negro y blanco, adornado con costuras respunteadas, ejecutadas con seda blanca, y con botones de nácar blancos. Los ojales son figurados; los de delante solo son reales; los primeros se imitan con un vivo de tafetan blanco. Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 6 y 7; sin embargo, el delantero de la izquierda se corta solamente hasta la linea continua de la figura 6. La espalda y el cuello se cortan enteros por las figs. 8 y 11 que representan sus mitades. Para cada manga se cortan dos pedazos por la fig. 12, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de debajo. Detrás del delantero de la derecha se pone una tira de lustrina negra de 8 centímetros de ancho, para asegurar la solidez de los ojales. Se ejecutan estos con arreglo al dibujo que representa la abertura de los ojales orlada con una tira de tafetan cortada al sesgo, que tenga centímetro y medio de ancho; estas tiras se cosen por el derecho á punto atrás, luego, cuando se ha doblado un poco los lados transversales de la abertura se fijan las tiras por el revés del chaqueton.

Se hace en cada delantero la abertura destinada á la faltriquera (indicada en la fig. 5), se cubre esta con la carterilla, que se ha forrado de lustrina y se ha respunteado, luego se la fija juntando las cifras 24 y 25, la cruz y el punto.

Por la parte interior se la ha puesto un bolsillo de 12 centímetros de alto. En la espalda se hace una abertura desde 22 hasta 23, luego se pone sobre uno de los lados de la carterilla (fig. 9), y se ejecutan todos los ojales imitados por vivos de tafetan blanco; todos los pedazos se reunen á punto atrás. Las costuras se sientan y se sobrecosen. Se pone en el escote el cuello recto forrado de lustrina, juntando las cifras iguales. Se redobla el contorno del chaqueton un centímetro y se respuntea por el derecho.—



LAMBREQUIN DE PAÑO PARA GUARNECER UNA MESA. (El dibujo y explicacion en la hoja de patrones.)

cielo de la bella ciudad de Sanlúcar de Barrameda, apareció limpio y despejado, y el perfume de sus floridos verjeles, la suave brisa matinal y el alegre canto de las parleras avecillas, armonizaban el mágico cuadro con que la naturaleza abre allí sus puertas en los risueños días del plácido Otoño.

Los pacíficos habitantes de la ciudad habían abandonado desde muy temprano el perezoso lecho y discurrían por calles y plazas formando corrillos que se deshacían en un lado para volver á aumentarse en inmediato punto. Aquí, veíase un robusto mozo de tostado semblante, cubierto con el característico trage de la mar, rodeado de niños y mujeres que le asediaban á preguntas, le estrechaban las manos, dirigiéndoles miradas de admiracion y lástima á la vez. Allí, un curtido veterano, retoreciéndose el prolongado mostacho, y con voz fuerte y acentuada, hacia las delicias de otro grupo que le escuchaba con asombrados ojos y actitud conmovida, la relacion de algun episodio en la azarosa vida militar. En otro lado, tiernos abrazos de despedida, amargas lágrimas de desconsuelo mezcladas con estas frases entrecortadas por los sollozos: *Sabe Dios el que volverá: Yo ya no estaré vivo: Cuidado con mi hijo*; que eran contestadas con robustas voces de entusiasmo, dando ánimo á los desfallecidos y energía á los pusilánimes.

¿Qué ocurría en esta hermosa ciudad? ¿Qué desgracia la amenazaba? ¿Qué acontecimiento grande iba á realizarse en su recinto? Sigamos á los primeros grupos y pronto sabremos la causa de aquel extraño movimiento.

Al salir á la deliciosa playa, descubriáanse cinco hermosas naves fuertemente ancladas en el fondeadero de *Bonanza* y colocadas por el órden siguiente: la *Trinidad*, donde ondeaba la insignia de almirante y que mandaba el famoso Magallanes, siguiendo despues la *San Anton*, *Santiago*, *Virgen de la Concepcion*, y por último, la hermosa *Victoria* que se mecía suavemente sobre las tranquilas ondas ostentando su gallarda forma y primorosa construcción.

La muchedumbre crecía y se apiñaba en todo lo ancho de la estensa playa, y los mas curiosos corrían á tomar las alturas de las graciosas colinas que la rodean. Era de ver aquella multitud de cabezas, irguiéndose y agitándose con frenético entusiasmo aquellos brillantes colores que ostentaban en sus variados trages, las hermosas hijas del risueño Betis; los opuestos caballeros que en briosos corceles y formando grandes cabalgatas, apretando los acicates, se acercaban hasta penetrar en las aguas del caudaloso rio. Todos querían presenciar la salida del atre-

vido Magallanes, con su famosa escuadra, para realizar la empresa mas grande que humano entendimiento hubiera jamás concebido. Se proponia este intrépido marino recorrer las inmensas soledades del grande océano, y pasando á la parte occidental del temido Cabo de Hornos, continua por aquel ignoto mar; que jamás habia surcado quilla alguna.

Desde las primeras horas de la mañana notábase grande agitacion y movimiento en el fondeadero de Bonanza, las pequeñas canoas nevegaban velozmente del muelle al costado de los buques, ya llevando á los rezagados, ya conduciendo los últimos aprestos y vituallas.

Las doce de la mañana era la hora señalada para levar anclas, y ya próximo aquel momento apareció en el alcázar de popa de la *Trinidad* un hombre de estatura mas que mediana, mirada inteligente y viva, luenga y espesa barba, que con tranquilidad suma, ademanes insinuantes, voz reposada unas veces, tonante otras como el eco de la tempestad, daba sus órdenes y se preparaba para la hora convenida.

Este era el noble y experimentado marino Fernando de Magallanes, gefe principal de la expedicion; á su lado veíase la digna figura de un jóven, ágil como el mas ligero grumete y fuerte como el mas endurecido marinero, parecia su eficaz apoyo y como el brazo auxiliar de la inteligencia de su almirante: de corta estatura, enjutos, pero rígidos músculos, cabellera rubia como el oro y enteramente rizada, tostada y dura piel; este activo y superior marino era el renombrado piloto Juan Sebastian Elcano, natural de Guetaria de Guipúzcoa: su genio infatigable, su valor á toda prueba y acrisolada honradez, le hacian digno del importante puesto que su noble gefe le confiaba.

Sonó por fin el momento temido por unos y deseado por otros, de lanzar las naves á la atrevida expedicion. La capitana desplegó la imperial bandera en su recurva popa, afirmándola con un cañonazo: aquella señal, como si hubiera sido la voz de un genio dominador de aquel recinto, hizo cambiar de aspecto este hermoso cuadro. Los minaretes, las torres y azoteas de la opulenta ciudad, cuajáronse de banderas y gallardetes de caprichosos colores, lanzándose al aire multitud de cohetes y otros fuegos de artificio para aquel caso preparados. Los demás buques repitieron el cañonazo de la capitana, y empezaron á ponerse en movimiento ejecutando cada uno sus manobras con una precision admirable.

Ta multitud, estendida por la ancha y dorada playa, lanzó un grito compacto, unánime, que se prolongó por los horizontes y las baterías de *Santiago* y del *Espíritu Santo*, aumentaban con sus repetidas detonaciones la armónica confusion de aquellos instantes.

Pero ¡ah! ¡Cuán distinta era la causa, cuán opuesto el sentimiento que movía á los unos, que impulsaba á los otros, en aquellas frenéticas exclamaciones! Era en estos el noble orgullo del sentimiento patrio que se levantaba satisfecho al ver partir para tan grande empresa á muchos hijos de esta privilegiada poblacion: era en aquellos el amor de padres que veían separarse tal vez para siempre á los pedazos de su alma; eran las siempre leales esposas que contemplaban con dolor alejarse de su lado al hombre que habia hecho su felicidad; era tal vez la desgraciada amante que próxima á estrechar para siempre la mano del objeto de su amor, lo ve alejarse perdida la esperanza de poderle algun dia llamar su esposo. Y aquellos duros y tostados semblantes, de los intrépidos marinos de la escuadra, permanecian al parecer impávidos á la vista de tan conmovedora escena, escuchando con noble resignacion los dolorosos gritos de sus padres y esposas, de sus hijos y hermanos, de sus cariñosos amigos ó deudos; y si alguna lágrima, brotando involuntariamente de sus limpias pupilas, venia á rodar por la tostada megilla, ocultábanla rápidamente, avergonzados de un instan-



CHAQUETA DE FULARD BLANCO (POR DETRAS).



LAZO DE LA CHAQUETA EN TAMAÑO NATURAL.



CHAQUETA DE FULARD BLANCO (POR DELANTE).

te de aparente debilidad.

En una pequeña lengua de tierra que avanzaba por la ensenada, veíase un grupo interesante á la vez que conmovedor. Un noble anciano, encorvado por el peso de sus muchos años, apoyaba la cabeza sobre un alto cayado, y su mirada triste fijábase con insistente afan en la popa de la *Trinidad*. Delante tenia una mujer casi de su edad, que descansaba su débil cuerpo sobre los robustos hombros de una hermosísima jóven; á los lados del anciano, de rodillas y extendidas las manecitas hácia el buque, veíanse dos pequeños niños como dos ángeles del cielo; un enorme perro de finísimas lanas y de inteligente cabeza, clavaba la vista en el mismo punto que la tenían sus amos. La *Trinidad*, en aquel momento, pasó su costado frente á esta interesante familia; el noble anciano cayó de rodillas é instintivamente, bendijo al buque que pasaba; un torrente de lágrimas, hasta entonces comprimidas, brotó en raudales de los ojos de aquellos infelices y un coro armónico, celestial, indescriptible, salió de aquellas bocas exclamando: *Adios, Juan. — Adios, hijo mio. — Querido padre. — Esposo del alma.* — El movimiento precipitado de un lienzo blanco pareció contestar en aquel instante desde la *Trinidad*. Un prolongado agudísimo quegido dominó instantáneamente las tiernas exclamaciones del grupo, el enorme perro sacudió violentamente la cabeza, dilatose su ancha nariz y rápido, veloz como el rayo, lanzose en medio de las aguas, luchando con valiente empeño hasta aproximarse al costado de la capitana; un objeto pareció salir de aquel buque como arrojado al pobre animal que orgulloso y satisfecho volvió nadando precipitadamente hasta entregarlo á los piés de sus amos.... Era el pañuelo con que Juan Sebastian Elcano habia secado dos gruesas y ardientes lágrimas, arrancadas por los ayes de su familia del corazon de aquel héroe de la mar....

En Setiembre de 1523 habia llegado al sesto de sus dias, y en la tarde de que nos vamos á ocupar el astro rey, próximo á hundirse en las inmensidades del Océano, dejaba tras de sí gran tristeza en los habitantes de la ciudad de Sanlúcar. La noche amenazaba ser terrible: una de esas tempestades que mueren con frecuencia en la desembocadura del Guad-el-Kevir, venia desde media tarde contrisfando el ánimo de aquellos moradores: la atmósfera se hacia cada vez mas pesada y asfixiante; las nubes que se apiñaban empujadas por el viento del Sur, formaron ya al ocultarse el sol, una densa masa, que como fúnebre manto parecia envolver las extensas orillas del gran rio.

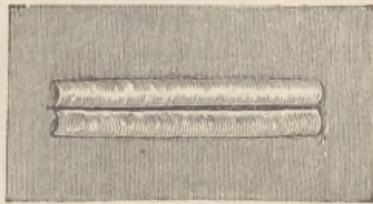
Los negros vencejos y las rastreras golondrinas, presintiendo el estallido de la tormenta, acudian precipitadamente á ocultarse en sus pequeños nidos. Por la entrada de la *barra*, las *jábegas* y demás pequeños buques pescadores con sus largas velas latinas avanzaban rápidamente semejanado blancas gaviotas que buscaban refugio en las ocultas cabidas de aquellas negruzcas peñas. El mar con su amarillento color y fosforescentes ráfagas, anunciaba tambien el terrible fragor de próxima tormenta.

La noche cerró completamente: las primeras gotas precursoras de la tempestad empezaron á crujir sobre el pavimento de las calles: á esta última y significativa señal, las puertas y ventanas que aun permanecian abiertas, cerráronse sucesivamente resonando su eco como los últimos ayes del moribundo.

En el extremo Norte de la cordillera que en forma de anfiteatro sirve de asiento á la ciudad, levantábase una modesta casita de un solo piso, colocada fuera de la línea que formaban los últimos edificios del arrabal del Norte de modo que casi podia decirse estaba aislada sin que se hallara fuera de la poblacion. Era de notar que en aquel pobre albergue no se hubiesen tomado las precauciones que en las demás casas; y su puerta permanecia entreabierta lo mismo que la ventana que caía del lado de la playa. El interior se hallaba amueblado con una sencillez que caminaba ya hácia la miseria. En el fondo y frente á la ventana recostado sobre viejo sitial de baqueta, se ha-



TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS (POR DELANTE).



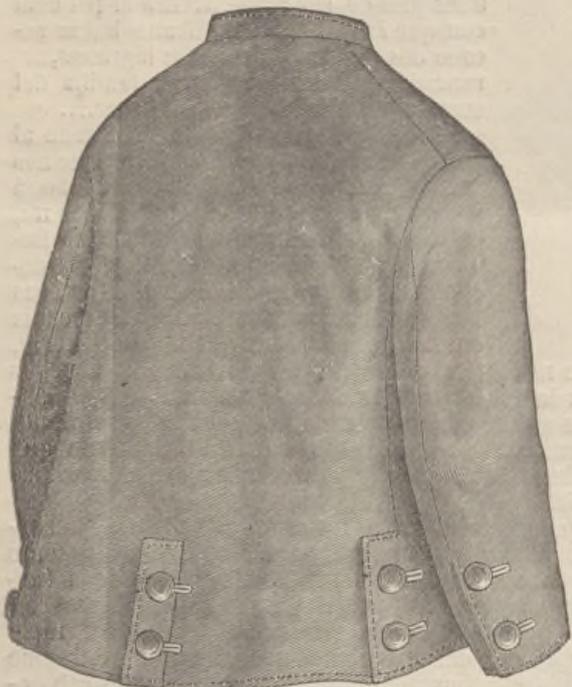
ORLA DEL CHAQUETON.



TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS (POR DETRAS)



TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.



CHAQUETON DE OTOÑO (POR DETRAS).

un soberbio perro de largas lanas, como si hubiera entendido las frases del anciano le lamió las manos con cariño, y el perro y su pequeño amo desaparecieron por la puerta del lado que daba á la torrecilla. A los pocos instantes, un relámpago terrible seguido instantáneamente del temido trueno, hizo incorporar á las dos mujeres y á la pobre niña que se agarraron instintivamente á las manos del abuelito.

—Juan! gritó la madre de este, baja, hijo mio, baja pronto.



CHAQUETON DE OTOÑO (POR DELANTE).



TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.

Mal-andar, y la he visto moverse mucho, como si estuviese dentro de un barco. —¿Abuelito, si serán algunos pobres navegantes que se estarán ahogando? —No, hijo mio, no; esa luz que tú crees ver en el mar es la del fuerte del Espíritu Santo que el viento la hace parecer flotando.

—Desgraciado del que el viento haya traído en medio de esos escollos ó haya cometido la imprudencia de abordarlos: solo conozco un hombre capaz de salvar esa barra en una noche como esta, pero ese hombre....

La voz del anciano se ahogó en su garganta y las lágrimas interrumpieron sus frases.

—Ea, á rezar, dijo reponiéndose, y á pedir á Dios por los desgraciados.

Mas de dos horas habian pasado desde esta escena y ya la buena familia se preparaba para entregarse al sueño; pero el pequeño Juanito negábase á ir á la cama contra su costumbre de obediencia ciega á su ma-

menta comenzó con toda su furia.

Al sonido del trueno, un niño de 10 á 11 años apareció en la pequeña sala llevando ámbas manos ocupadas con un farolito en la una, que despedía una luz rojiza, y en la otra una pequeña llave.

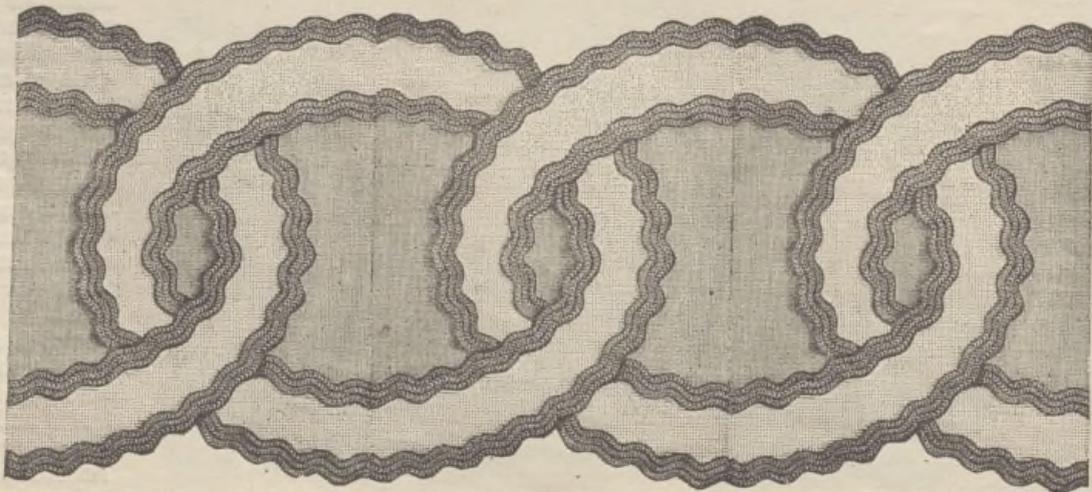
—Abuelito, exclamó con tono brioso y ademan resuelto; voy á poner la señal en la torrecilla como ofrecí á padre Juan cuando se marchó, y va muy bien preparada para que la luz no se apague.

—Bien, hijo mio, bien; ve y baja pronto, pues vamos á empezar el Trisagio, para que cese la tormenta y luego á rezar por tu padre como todas las noches.

—Y por los pobrecitos que con él se fueron que tambien son hijos de Dios, dijo la argentina voz de la niña á quien el trueno habia despertado.

—Mira, Juan, añadió el anciano, mira que te dejas aquí á Delfin y está gruñendo por que quiere subir contigo.

El bueno de Delfin, que era



GUARNICION EN TAMAÑO NATURAL DEL TRAGE PRINCESA PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.

dre y abuelos.

—Cerrad la puerta y á dormir, dijo el abuelo con el tono decidido del jefe, acostumbrado á que se le obedezca; despachad pronto y que Dios os de buenas y santas noches: cerrad con fuerza, pues aunque la tormenta ha cedido no es extraño, que venga á sorprendernos algo mas tarde.

—Pero, abuelo, si no tengo sueño ninguno ni nadie lo tiene, ni siquiera el Delfin que es tan dormilon desea que le acueste esta noche.

—Vamos á quedarnos á velar hasta las doce que se duerme el abuelito? indicó la niña.

Como medio de conciliar las pretensiones de los contendientes y arreglar el asunto, se interpuso la madre exclamando:

—Vamos á rezar una salve á la Virgen y á pedirle como siempre por la vuelta de nuestro pobre Juan y despues nos iremos todos á descansar.

Acojido el pensamiento unánimemente, postráron-

ta del todo antes que el anciano concluyese su indicacion.

Un grupo numeroso de hombres se dibujaba en el exterior á la dudosa luz que despedia la lamparilla colocada al lado de la imágen de Nuestra Señora: los hombres fueron penetrando en el aposento hasta el número de diez y siete: su aspecto era el de rudos marineros endurecidos por las privaciones y el trabajo; sus largas cabelleras y sus prolongadas barbas, al par que lo deteriorado de los vestidos parecia indicar que habian traído una penosa navegacion.

—Sentaos, señores, donde podais y descansad, dijo el anciano; y vosotras añadió dirigiéndose á las mujeres, preparad un poco de café para animar á estos honrados compañeros. Tú, Juanito, cierra aquella puerta, pues el frio se siente demasiado.

La robusta voz de uno de los marineros detuvo al niño exclamando:

—Hacedme el favor de esperar un momento, por-

cano? vive? dónde está? qué habeis hecho de él?

—Vuestro hijo vive, prorumpieron á un tiempo todos los marineros; vuestro hijo vive, añadió uno de ellos, para gloria de la Marina Española.

—Y dónde está? gritó toda la familia.

Una noble figura se destacó del dintel y avanzando dos pasos hácia el interior, descubriendo su hermosa cabeza, exclamó:

—Aquí estoy, padres queridos, esposa adorada, hijos de mi alma: aquí está vuestro adorado padre.

Un simultáneo impulso de los mas grandes, de los mas sublimes que conmueven el corazon humano, dirigió aquella interesante familia, á agruparse en derredor de su ídolo; y los ancianos padres, y la leal esposa, y los tiernos niños, estrechaban contra su seno, con frenético delirio, á aquel hombre objeto de su mas tierno, mas puro y acendrado cariño, á quien tal vez habian juzgado ya perdido para siempre. Las lágrimas y los sollozos se confundian con los redobla-



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan violeta, con guarnicion de tafetan negro, galones de pasamanería y borlitas. Paletot de tafetan negro adecuado á la guarnicion.

Enagua de tegido de lana color castaño liso. — Trage corto dentado, con paletot igual de knickerbocker francés, color castaño, con chiné naranjado. Paletot igual.

Trage de popelina gris, con puntitas de tafetan gris de un punto de color mas oscuro. Paletot exactamente del mismo color.

se todos de rodillas ante la pequeña imágen de Nuestra Señora del Carmen que sobre una modesta mesa de pino descansaba.

Apenas habia espirado la última frase de la sublime oracion, en los labios de aquella honrada familia, dos fuertes golpes sonaron en la puerta de la calle: un prolongado aullido de Delfin, que ya antes habia avanzado hácia ella, se confundió con aquel sonido; Juanito incorporándose rápidamente se dirigió á abrir la puerta, pero el anciano lo detuvo exclamando:

—Espera, Juan, preguntaremos quién llama á estas horas.

A esta indicacion contestaron desde afuera:

—Unos pobres marineros que buscan albergue por esta noche.

—Abre, Juanito, y que pasen esos desgraciados.

El niño no se hizo esperar y la puerta quedó abier-

que faltan aun algunos compañeros que no tardarán en llegar.

—Sea así, dijo el abuelo y dirigiéndose al que acababa de hablar le preguntó:

—Ha sido muy largo vuestro viaje?

—Si señor, contestó el marinero interpelado, bastante largo.

—El mayor que se ha hecho sobre la tierra, añadió otro marinero.

—Y en qué buque habeis navegado?

—En el mejor buque que ha surcado los mares, señor, dijo con arrogancia el primer marinero. En la *Victoria*.

Al oír este nombre, el anciano se levantó de repente; las mujeres que entraban en aquel momento, avanzaron hácia el marinero interlocutor exclamando:

—En la *Victoria!* y mi hijo? ¿y Juan Sebastian El-

dos ladridos del leal Delfin, que saltaba como movido de un vértigo de alegría.

Para realizar mas la ternura de este sublime cuadro, el numeroso grupo de marinos, que rodeaba á la familia, mezclaba con ella los sollozos y las lágrimas que ninguno se esforzaba en ocultar.

En medio de esta tierna excitacion la vibradora voz del ilustre marino, aquella voz tonante que habia dominado las borrascas se alzó sobre todos, pero tierna, conmovido por los dulces sentimientos que brotaban de su corazon.

—Postrémonos todos ante el Dios de la Misericordia, dijo.

Y cayendo de rodillas rodeado de su familia y de sus compañeros, doblaron la cabeza, mientras él continuaba en alta voz:

—¡Señor, yo que he visto tu poder y tu grandeza

en las soledades del inmenso Océano, yo que he admirado la fuerza y la omnipotencia de tu diestra, armada con el rayo de las fragorosas tempestades, yo que he circundado el mundo entero sobre frágil leño, guiado por el impulso de tu santa inspiración, te doy gracias, Dios mío; porque después de tres años de trabajo, de lucha y privaciones, me recompensas con estos instantes de celestial alegría en que me veo rodeado de los mas tiernos pedazos de mi alma, de todo lo que mas amo en el mundo! ¡Y vos, Madre mía, cuya santa imagen he invocado tantas veces en lo mas recio del peligro, vos habeis velado por mi pobre familia, y me la devolveis ahora, sana y salva de todo mal!

Un murmullo de comprimidos sollozos, fué el eco que contestó á este noble rasgo de sentimiento religioso, que salió puro y espontáneo del ancho pecho del marino católico.

Un viejo, de calva frente, agigantada estatura, negras y brillantes pupilas secándose con el dorso de sus callosas manos dos gruesas lágrimas, lanzó un prolongado suspiro y habló de esta manera:

—Soy hijo de la mar, como tú sabes, Juan Sebastian, no he conocido mas hogar que la nave donde he tomado plaza, ni mas familia que mis compañeros de dotación: he visto morir en la isla de Cebú á nuestro gran Magallanes, he presenciado la negra traición de Alvaro de Mezquita, la separación del *San Antonio* y la pérdida de toda la expedición en los tres años que ha durado nuestro viaje: pero jamás había sentido de esta manera: hasta este momento no sabía que yo podía llorar como los demás hombres.

Embargada la voz, Miguel de Rodas, maestro de la *Victoria* que era el que así hablaba, se repuso un momento, enjugó su llanto y continuó con tono conmovido:

—Ese Dios que te reservaba para la gran empresa de recorrer antes que nadie el mundo entero, ese Dios que te da en este momento la recompensa de tus trabajos, me ha dado á mí el dulce consuelo de las lágrimas y me hace ver una nueva luz. ¡Juan, Sebastian, compañeros míos, quiero abandonar mi indiferencia, quiero confesarme y ser católico de corazón!

Dijo, y cayendo á los pies de la pequeña imagen del Carmelo, ocultó entre las anchas manos aquella blanca y robusta cabeza, siguió derramando un torrente de lágrimas....

Pocos dias despues, Juan Sebastian Elcano y sus diez y ocho compañeros eran presentados al emperador Carlos V, cuyo augusto monarca recibíendolos en medio de su corte, agasajó á todos y muy especialmente al insigne capitán, al cual declaró noble y donó quinientos ducados de renta, de por vida.

También á Franco Albo, piloto, y Miguel de Rodas, maestro de la nao *Victoria*, declaró caballeros, señalándoles considerables rentas.

Asimismo, mandó el emperador, que la famosa *Victoria*, se conservara en reposo y con gran cuidado en el puerto de Bonanza para perpétuo recuerdo del primer viaje hecho al rededor del mundo.

JOSÉ M. FRANCO DE TERÁN.

LA VIDA DE LA MUERTE.

PRÓLOGO.

Este cuento es una historia.

CAPÍTULO I.

DOS HOMBRES ORIGINALES.

Juan que apenas veía á su padre, aunque habitaban en la misma casa, le sorprendió una mañana á las nueve con su visita.

—¿Tú por aquí tan temprano? le dijo el autor de sus dias.

—Comprendo tu admiración, y no me extrañará tu asombro cuando sepas el proyecto que aquí me trae, contestó Juan; pero es preciso que hablemos.

—En ese caso tomaremos juntos el chocolate.

—Sea.

Un criado sirvió el tradicional desayuno, el padre alargó una breva al hijo y envolviéndose en su bata y arrellanándose en una butaca próxima á la chimenea, se dispuso á oír á Juan por mas que adivinase de antemano la pretensión del jóven.

Debo indicar cuanto antes que el padre de Juan era viudo, no muy viejo y bastante alegre.

Sus riquezas y la esfera en que vivía le habían colocado en la situación de los hombres que lo comprenden todo.

Entre otras cosas comprendía las calaveradas de su hijo.

—Conque decíamos?... exclamó de pronto.

—Decíamos, contestó Juan, que hoy he celebrado una larga conferencia con mi médico.

—¿Cómo es eso... has consultado á la ciencia! ¿Estás enfermo?

—Me siento cansado, y he querido descansar un poco en casa del doctor.

—¿Eso quiere decir que necesitas dinero para pagarle la consulta?

—Lo necesito para eso y para algo mas.

—Explicáte.

—Con mucho gusto, tú eres para mí un padre y un amigo, déjame que al segundo cuente mis culpas para poder entenderme despues con el primero.

—Soy todo oídos, como dicen en las comedias.

—Mírame bien, y dí qué notas en mi rostro?

—Noto que vives demasiado aprisa.

—Pues bien, es cierto, he malgastado el tiempo, no he comprendido que al par que tu dinero derrochaba mi salud, he apurado todos los goces, he sentido todas las emociones de la vida, y de esto ha resultado que los años me han parecido minutos; pero como al fin y al cabo hay que ajustar cuentas con el tiempo, en el primer instante en que me he detenido á ajustarlas he visto que entre el *deber* y el *haber* de mi existencia hay un abismo inmenso.

—¿Y estás arrepentido?

—Estoy enfermo. Se ha apoderado de mí el hastío, y este es el principio de la enfermedad que mata á los ricos.

—Es extraño que un hombre hastiado tema á la muerte.

—No, querido papá; no temo á la muerte: temo á la vida.

—¿Y por eso has ido á visitar al médico!

—He ido á visitarle porque conozco que mi fin se aproxima.

—Lo dices de veras?

—Te hablo con toda mi alma. Noto en mí un malestar, un disgusto... los placeres han minado mi naturaleza, y el momento de la consunción se aproxima: el doctor me lo ha asegurado.

—Vamos, vamos, déjate de bromas, dijo el padre de Juan, no es necesario que apeles al sentimentalismo para pedirme unos cuantos miles de reales.

—Siento turbar tu tranquilidad, y como en efecto voy á pedirte esos miles de reales, quiero por la primera vez de mi vida justificar mi solicitud. El médico me ha dicho frecuentemente que si llevo al otoño próximo podré darme por muy contento. Ahora bien, con esta noticia, ¿qué voy á hacerme hasta el mes de Octubre estando, como estamos, en Abril? Temo el aburrimiento que me espera y para ahuyentarlo he concebido un proyecto.

La seriedad con que hablaba Juan, y el fondo de tristeza que había en sus palabras alarmaron á su padre, que aunque tenía apagado el sentimiento del amor paternal, conservaba el instinto.

—¿Qué te propones? Habla, porque empiezas á ponerme en cuidado.

—Mi plan va á parecerte, de seguro, estrambótico, pero qué quieres. Yo tengo mucha filosofía y aunque siento dejar este valle de lágrimas estoy resignado á sufrir la suerte de las hojas que empiezan á brotar en los árboles. La cuestión es emplear la primavera y el verano para que el tiempo no se me haga pesado. Casi toda la noche he buscado los medios de ocupar estas dos estaciones y se me ha ocurrido uno muy ingenioso.

—¿Cuál?

—El de viajar. Nunca he salido de Europa; pero he oído hablar con entusiasmo de las costumbres, de los tipos de los pintorescos países del Asia. El Africa, con sus desierto, su Simoun, sus Oasis—y no me atrevo á decir con sus harenas—ofrece á mi imaginación cierto atractivo, y he pensado que no puedo emplear el medio año que me queda de vida de un modo mejor que visitando estos parajes desconocidos, no para aprender á vivir como hacen los viajeros, sino para esperar la muerte con la mayor comodidad posible.

—Eso es absurdo; estando enfermo, lo mejor que puedes hacer es mudar de vida, pasar algunas temporadas en el campo, respirar aire puro, tomar las aguas de Panticosa si las necesitas...

—Pues, ir tirando?... De ningún modo. Mi plan es invariable; estoy resuelto á viajar, á ver el Africa, á pisar las tostadas arenas de Sahara.

—¿Por lo visto en vez de esperar la muerte quieres ir á buscarla?

—No por cierto; el médico me ha garantizado seis meses de vida; y, tratándose de estas cosas, los médicos son infalibles.

—Segun eso.

—Oyeme y tiembla; como dice Otelo; tú, gracias á Dios eres rico.

—Ya sabes que gastamos mucho, pero con todo, aun espero á mi muerte dejarte algo.

—Agradezco infinito esa intención, pero, como tú has de vivir mas que yo, no me aprovecharé de tus bondades. Y, créeme, es una triste cosa tener que renunciar á una herencia tan legítima como es la de un padre por haberle dejado algo atrás en la carrera de la vida.

—¿Es decir que has pensado que te vendría heredarle?

—No por cierto, he hecho mas; he descubierto el medio de heredarle sin sufrir el dolor de tu pérdida.

—Debe ser muy chistoso ese problema.

—Es una de esas cosas que tienen mucha semejanza con los juegos de manos: cuando se anuncian todas son dificultades; pero cuando se explican nada hay mas fácil.

—Explicáte.

—Tú me podrás dejar unos sesenta mil duros?...

—No tanto, cincuenta mil...

—Sea. Estás resuelto á legarme esa suma y yo te co-

nozco: sé muy bien que no la gastarás aunque te veas muy apurado.

—Es cierto.

—Pues bien, si la destinás para mí y yo me he de morir antes que tú, si tienes un decidido empeño en que yo goce de esa fortuna, ¿qué mas te da entregármela ahora que puedo aprovecharla, que despues que me será perfectamente inútil? Saldrás ganando, porque solo te exija la mitad, para que tú puedas vivir:

—¿Y ¿ese es el medio portentoso?

—Ya has visto que te lo he dicho sin pretensiones; no creo haber inventado la pólvora, y hablando ahora con seriedad te digo: padre, voy á morir dentro de seis meses: ¿quieres darme para vivir á gusto en este tiempo esa cantidad?

—Hombre, eso...

—Nada, nada, es preciso que te decidas, porque mañana pienso salir de Madrid, con mis escasos recursos si no accedes á mis ruegos; con todas las comodidades, si me concedes lo que te pido.

—Pero, ¿has pensado bien lo que vas á hacer?

—A esa pregunta solo contesto reiterando mi petición. El padre de Juan reflexionó algunos momentos, miró á su hijo, vió en su actitud la mas formal resolución de hacer lo que decía y sorprendido é impulsado por la originalidad de su proyecto:

—Manda llamar á mi escribano, dijo, y hoy mismo formularemos la donación.

Juan se arrojó en los brazos de su padre y dos lágrimas—acaso las primeras que habían brotado de su corazón—quemaron sus ojos.

—Gracias, padre mío, gracias! Dios te lo pagará!

Aquel mismo dia se realizó el deseo de Juan.

Su padre le dió un talon de veinticinco mil duros contra el Banco, el jóven buscó letras para los puntos á donde pensaba dirigirse, arregló su viaje, y cuatro dias despues se embarcó en Alicante con dirección á Marsella, en compañía de dos orientales á quienes había conocido en Madrid, y que volvían, con una misión del gobierno español, á los Santos Lugares.

Estos dos viajeros que acompañaban á Juan eran un médico,—hombre de cincuenta años—y un jóven nacido en Damasco, hijo adoptivo del anterior, que á los quince años poseía casi todos los idiomas vivos del mundo y daba muestras de un talento privilegiado.

CAPITULO II.

EXPIACION.

Mientras que Juan caminaba hácia el Oriente, su padre—que aunque por sus costumbres y su carácter era la encarnación de la indiferencia—notó que en medio de sus cavilaciones flotaba una idea que al principio absorbía su atención algun tanto, y que en vez de borrarse iba tomando proporciones.

—¿Estará enfermo de verdad mi hijo? se decía; su vida ha sido muy agitada, ha disfrutado mucho... ¿pero no he hecho yo otro tanto toda mi vida y ya he cumplido los sesenta? ¿será su viaje una locura mas?

Al cabo de algunos dias conoció que necesitaba imperiosamente averiguar la verdad y se fué á ver al médico de su hijo, anciano venerable que había asistido siempre á la familia de su esposa, y que despues de muerta su madre le había conservado Juan como un homenaje de cariño á la autora de sus dias.

Despues de algunos rodeos, porque el padre de Juan conocía el carácter del doctor y se conocía á sí mismo, le preguntó cuál era el estado del jóven.

—Su estado es aflitivo, contestó el médico, la consunción ha empezado á apoderarse de su organismo, y caerá con la hoja.

—¿Luego no me ha engañado?

—No; he creído un deber de conciencia decirle la verdad y se la he dicho.

—Pero, ¿no hay algun medio de salvarle?

—La ciencia no lo tiene. ¡Solo Dios!...

El padre de Juan, que había vivido muchos años sin pensar para nada en su hijo, queriéndole por costumbre, cuidándose mas de sus placeres que de la educación del jóven, que en edad muy temprana perdió á su madre, sintió en aquel momento el cariño que había dejado de sentir en tan largo período de tiempo.

Su emoción fué grande, y dos lágrimas nublaron sus ojos.

—Ah! exclamó, ¿daria mi vida por salvarle!

—Ya es tarde, dijo el doctor, y, como soy amigo de la verdad, añadiré que V. es la causa del estado de su hijo.

—¿Yo?

—Sí por cierto; desde los primeros años de su vida le ha enseñado V. á despreciar el dinero, y—cuando mas—le ha considerado como la vara mágica de todos los placeres. Confiado á la dirección de criados que podían explotarle, para conseguirlo halagaron en él los instintos del mal, y le empujaron por la senda del vicio en donde todo es tan bello á la vista y tan doloroso al corazón.

—Es verdad, pero mis ocupaciones, mis...

—La primera ocupación de un padre es velar por su hijo. Acostumbrado desde niño á gozar, al ser hombre en vez de consagrarse al trabajo, al estudio, en vez de practicar las virtudes, ha convertido su vida en una continua orgía; y V. que no puede contenerle; que no puede corregirle; sin autoridad, porque su conducta de V. ha sido muy parecida á la suya, le ha facilitado V. todos los medios de perderse.

—Siendo rico, ¿cómo podía negarle lo que me pedía?

—En ese caso, sufra V. ahora las consecuencias de su generosidad. Hay una época en la vida, la vejez, en la

que el padre recoge el fruto de la semilla que ha sembrado en el corazón de su hijo. Los que desde la edad temprana los acostumbran á la virtud, á la honradez, al trabajo; los que por esta senda ofrecen á su vida un porvenir dichoso; los que despiertan en su alma esa noble ambición que estimula al talento, cuando llegan á la edad cansada, encuentran en sus hijos un apoyo, un consuelo, una gloria.—Esa es mi obra, pueden decirse y recrearse en ella.—Y la juventud, y los triunfos, y la felicidad, y los hijos, son un rayo de luz que proyecta su alegría sobre la oscura y triste vejez del padre. Los que los abandonan á sus propios instintos, ó para disfrutar de una libertad culpable los entregan á personas asalariadas; los que no cultivan en su alma los buenos sentimientos, cuando llegan á la vejez, en vez de ese consuelo, de esa alegría, de esa felicidad, de esa gloria, experimentan un continuo tormento, y cuando no sufren el odio ó el desprecio de sus hijos, asisten como V. á su muerte y la conciencia les martiriza gritándoles: ¡Tú, tú eres quien le ha muerto!!

La solemnidad con que pronunció el doctor estas palabras anonadó al padre de Juan, y el hombre de mundo conoció, aunque tarde, su error, y sin embargo de que su orgullo estaba herido no supo contestar una sola palabra.

Abandonó la casa del doctor, y desde aquel instante notó que era mas viejo de lo que él suponía. Pero los que adulaban sus pasiones le hicieron creer que la ciencia se daba tono, que su hijo se distraería en los viajes y al fin y al cabo, como necesitaba una esperanza, esperó que su hijo no moriría.

En Madrid con veinticinco mil duros que puedan derrocharse impunemente se vive tan bien!

El padre de Juan acabó por distraerse.

¿Qué sucedió á su hijo?

Seamos indiscretos, leamos unas cuantas cartas y lo sabremos.

CAPITULO III.

CARTA A DALILA.

"Constantinopla, Mayo.

"¿Crees ya posible nuestra separación?

"—Te irás, dijiste, y los viajes te distraerán al pronto, pero cuando la imaginación esté cansada de gozar, crearás que los palacios mas espléndidos, el serrallo mismo con sus maravillosos jardines, todas las riquezas del Oriente no valen lo que el pequeño gabinete azul de la calle del Baño.

"Las ilusiones no son exclusivo patrimonio de las almas inocentes.

"Tus palabras eran la forma de una ilusión que voy á desvanecer.

"Sí, Láura mía,—si ya te llamas Láura, que es posible que despues de mi ausencia hayas trocado tu poético nombre por el de Hortensia ó Leonora:—he podido separarme de tí, renunciar al delirio de tu amor y lo que es mas pensar en tí con frialdad en Constantinopla á 35 grados sobre cero.

"Al llegar aquí de seguro que estrujas esta carta entre tus perfumadas manos al mismo tiempo que pronuncian tus labios esta frase:

"—¡Impertinente!... ya se conoce que vive entre salvajes.

"Pero la curiosidad es mas poderosa que el amor en la mujer, y desarraigando mi maltratada carta, añades:

"—Vamos á ver lo que dice este loco.

"Este loco, querida mía, te da las gracias por lo que aun no hace un mes estuvo á punto de matarte.

"Me habias contado tu historia y te habia escuchado con interés, hasta con devoción.

"Acostumbrado á oír historias dolorosas, la tuya apenas debió impresionarme; pero no me engañabas, habias estado en el colegio, las mas ricas y elegantes señoritas de Madrid recordaban tu nombre. Muchas habian salido del colegio para ser esposas y madres, tú habias hallado donde dejaste á la mujer que te habia tenido en sus entrañas, una madrastra, un padre ciego y al martirio que allí te esperaba preferiste la ocupación del amor.

"¡Pobre Láura!

"Yo llegué á amarte, porque veia que cuidabas las violetas, que te preocupaban los heliotropos, porque te oia acariciar á tu jilguero y porque en vez de un perro de aguas tenias un Terranova.

"Todos estos síntomas revelaban algo que no puede existir bajo un pecho de mármol.

"Te amé, como puede amar un hombre gastado, y en cuatro meses quemé en tu altar incienso por valor de cinco ó seis mil duros.

"Era natural que aspirases á ser maniquí de un banquero y me engañaste.

"Quise matarte y ya era tarde: tenias tal ascendiente sobre mí que desarmaste mi brazo.

"Resuelto á partir confiaste en que no podría vivir ausente, en que si estaba condenado á morir volveria á exhalar en tus brazos el último suspiro.

"¡Cosa extraña!

"Hay cosas que de lejos encantan: yo creia que tu amor producía este efecto en mí. Por fuerza soy miope; cuanto mas me aparto de tu lado mejor te veo.

"Sí, Láura, al recorrer países, al recrear mis ojos en el espectáculo de la naturaleza, al ver nuevos paisajes, nuevas costumbres, nuevos tipos, al separarme de la civilización para encaminarme á un pueblo primitivo, noto como que mi alma se despierta.

"Quiero colocarte en medio de los cuadros que descubro y en todos ellos produce tu figura disonancia.

"Solo estás bien en ese gabinete azul, rodeada de trajes de seda, de novelas que has arrojado al suelo porque te aburren; pero yo veo que ahí me ahogaba y aquí respiro.

"Mis fuerzas renacen, me canso mucho pero duermo y al despertarme parece que soy otro.

"Pero como el médico dice que voy á morir, no quiero irme del mundo á la francesa. Adios, Láura, sé feliz si puedes, que no podrás; y piensa que hay algo en la tierra que vale mas que un traje de terciopelo, una diadema de brillantes y un viaje por Italia con un lord que se aburre.

"Mañana salgo de Constantinopla, voy á Siria, á visitar los Santos Lugares, y desde allí te escribiré mis impresiones para que te convenzas mas y mas de que sin tí puedo vivir y gozar."

Quando leyó Láura esta carta:

—¡Y sin embargo, piensa en mí, me escribe! exclamó. ¡Oh! todavía me ama!

Y no se equivocaba.

JULIO NOMBELA.

(Se concluirá.)

A SOFIA ESTEVES.

I.

Dan á tus versos su melodía el arroyuelo murmurador, las áuras frescas del Mediodía y los arpegios del ruiseñor.

Linda Sirena camagüeyanal y los preludios de tu arpa ó como el alisio de la mañana en las riberas del Damují.

II.

En esta tierra de luz y amores, patria dichosa de Milanés, te formaremos de gayas flores alfombra digna para tus piés.

III.

Canoras aves son tus hermanas, tú empero cantas en la ciudad, y de las brisas americanas tienen tus himnos la suavidad.

A tributarte mi aplauso vengo, calandria dulce de esta region, porque en el pecho hielo no tengo ni es duro bronce mi corazón.

IV.

En esta tierra de luz y amores, patria dichosa de Milanés, te formaremos de gayas flores alfombra digna para tus piés.

V.

Nace en el fondo del alma mía como una perla nace en el mar, un sentimiento de simpatía al eco blando de tu cantar.

Y es que en tus versos hay la frescura que á todo imprime la juventud, y los perfumes y la hermosura de los risueños climas del Sud.

VI.

En esta tierra de luz y amores, patria dichosa de Milanés, te formaremos de gayas flores alfombra digna para tus piés.

Cienfuegos: Cuba, 1867.

EL HIJO DEL DAMUJÍ.

RECUERDOS JUVENILES.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Hácia el medio dia vino un oficial con un grueso destacamento para registrar las casas y llevar los voluntarios al vivac. La boleta del médico me libró de la expulsión, y aun cuando la fiebre volvió á acometerme al principio de la noche, no fué con tanta intensidad, habiendo quedado completamente curado á los tres accesos que me dieron, que fueron siempre disminuyendo gradualmente.

Permanecí cerca de diez dias en la choza, las mas veces sentado junto al hogar, bajo el vasar de la chimenea, y absorto en una silenciosa y profunda preocupación, con los ojos fijos en la jovencita que hilaba no lejos de mí. Cuando al menor movimiento de su cabeza podia adivinar que iba á dirigirme su mirada, volvía tímidamente la vista. Parecíame tan bella la dulce y esbelta jóven, con sus mejillas tan frescas y sus lípidos ojos azules, tan bella y tan pura, que se me representaba como una criatura

angélica rodeada de una mágica atmósfera de castidad é inocencia. En la sencillez de mi corazón, deseaba que Dios me hubiera permitido ser hermano. ¡Qué buena y dichosa vida hubiera pasado á su lado!

Por la noche, cuando el padre y la madre estaban sentados con nosotros al amor del fuego, me era forzoso contar alguna cosa, y como sabia que esto agradaba mucho á Bethken (1) apelaba á todos los recursos de mi imaginación, inventaba las mas extrañas aventuras, y mi palabra cautivaba de tal manera á mis oyentes, que durante largas horas prestaban atención á mis relatos con la boca abierta. Cuando la jóven me miraba con sus rasgados ojos, su alma parecia estar en su mirada, é influido por la pureza celestial de aquella mirada, sentía duplicarse el poder de mi alma: ¡hacíame poeta á impulso de un sentimiento que hasta entonces me habia sido desconocido!

Bethken era dichosísima con *nuestro belga*, como mellamaba; alababa su genio como cosa maravillosa; era afectuosa y buena para él, y le cogía de la mano cuando le invitaba á sentarse á la mesa; pero su hermosa frente permanecía pura como un lirio, y cuando mis mejillas se descoloraban súbitamente al verla, sonreía con la dulce sencillez de la inocencia.

Una tarde temprano fué á avisarme un cabo de mi compañía que el regimiento dejaba el vivac al día siguiente á las nueve de la mañana para trasladarse á las cercanías de Ghul ó de Moll, y que debía estar pronto á seguir á la compañía, ya fuese á pié ó en uno de los carros de bagaje. Aquella noche no conté historias; estuvimos los cuatro silenciosamente sentados al rededor del hogar y sintiendo la fatal partida. Bethken se lamentaba de que *su pobre belga* caeria seguramente malo otra vez en cuanto volviese á emprender la nueva vida de soldado; yo aseguraba á aquellas buenas gentes de mi profundo reconocimiento, y me esforzaba para contener mis lágrimas al ver las repetidas pruebas de dulce y fraternal simpatía que me daba Bethken.

Al otro dia por la mañana cuando oimos á los tambores batir marcha, Bethken me dió dos rebanadas de pan con manteca y dos huevos duros que le habia dado la criada del cura, y que de buen ó mal grado tuve que meter en mi saco. Llegado el triste momento de la partida, nos estrechamos la mano con los ojos humedecidos de lágrimas, y las buenas gentes me prometieron orar á Dios por mí. Bethken siguió de lejos á *su belga* hasta el pueblo en que mi regimiento desembocaba precisamente por el camino real; entonces me uní á los sargentos de mi compañía, que aclamaron mi vuelta con gritos de alegría:— ¡Ah! ¡ya está aquí nuestro furrielito! exclamaban. Al desfilarse otra vez á Bethken que me saludó; yo bajé la cabeza, porque mis ojos se llenaban de lágrimas; pero cuánta no fué mi emoción aun, cuando volviéndome un poco mas lejos, ví á la pobre Bethken apoyada en un árbol y cubierto el rostro con su delantal... Aquel día saboreé con el corazón palpitante los huevos y una de las rebanadas de pan con manteca que me habia dado, dejando la otra en mi saco como recuerdo... Allí la he conservado durante muchos meses hasta que se desmigó completamente. La imagen de la dulce Bethken me siguió por doquiera por mucho tiempo, pero se debilitó con él y no conservo de ella mas que el reconocido recuerdo de los cuidados que me prodigaron y del afecto que me manifestaron los buenos y sencillos habitantes de la cabaña.

Solo diez y seis años despues he vuelto por segunda vez al pueblo de Balen, y fui al sitio en que el *belga* enfermo habia recibido tan afectuosa acogida. La choza habia desaparecido; nadie me supo decir positivamente lo que habia acontecido á los padres de Bethken ni á ella: solo parecia recordarse confusamente haberse elevado en otro tiempo en aquel sitio la humilde choza de un pobre obrero. Una visita posterior á Balen no dió resultado mas satisfactorio.

III.

Del vivac de Balen fuimos á la villa de Greel y pueblos circunvecinos; despues á Moll, y por último á Turnhout.

Mi padre vino á verme á aquella villa y pasó dos dias conmigo. Supe por él que mi hermano, como yo, estaba en el servicio en el ejército belga, y que era voluntario en un regimiento acantonado en la frontera en las cercanías de Westwesel. Mi padre habló sin duda con mis superiores desde el primer dia de su llegada; porque á sus palabras de afecto y estímulo mezclaba de cuando en cuando ciertas advertencias con el objeto de hacerme comprender que debía mostrarme un poco mas hombre, y como él decia, sacudir aquellos resabios de niño que no ha comido mas que pan blanco. Yo le comprendí perfectamente, y quedé reconocido á sus consejos; pero yo creia que mis disposiciones naturales valian mas que la rudeza de carácter y la aparente insensibilidad que se parecia exigir al buen soldado. Mi padre se volvió á pié á su casa, á pesar de tener que andar diez leguas en un dia, y le acompañé por espacio de dos horas; me despedí de él abrazándole y volví á Turnhout.

Los voluntarios, detenidos hacia algunos meses en las fronteras comenzaban á murmurar de su inacción, y de que no se los llevase á donde estaba el enemigo; pero se les hizo comprender que las grandes potencias europeas se ocupaban en conferenciar en Lóndres sobre la suerte de Bélgica, y que como Holanda rehusaria infaliblemente someterse á su decisión, no habia mas que tener paciencia por algun tiempo, no tardando en empeñarse la partida seriamente. Mientras esperábamos, vagábamos sin descanso por la campiña de Amberes, alojados siempre en las aldeas y pueblos, durante estas peregrinaciones hasta el mes de julio de 1831.

Habia vuelto la primavera, y asistia por la primera vez

(1) Abreviatura de Elisabeth (Isabel).

de mi vida al despertador de la naturaleza renaciente; mi alma soñadora estaba lozana y pura como el brezo. No han sido mis excursiones posteriores á la campiña las que me han dado el sentimiento de las bellezas del brezo, no; fué en el momento de salir de la infancia cuando he sentido todas las impresiones que me ha hecho experimentar, contando las yerbas y humildes flores que forman su adorno, recogiendo sus frutos, penetrando sus secretos, amándole, queriéndole como si mi cuna se hubiese hallado en esas llanuras vírgenes y solitarias. Es el vivo y poderoso recuerdo de aquella dichosa época de mi vida el que viene años después á inspirarme estas líneas:

«Cuánto amor y cuantos goces debe tener nuestra alma en los días de la juventud, para encerrar por siempre en sí todo cuanto la rodea y cubrir con su afecto como con un imperecedero velo, hombres, árboles, casas, palabras, todo,—viviendo ó queriendo,—haciéndose todo una parte de nuestro ser; á cada objeto unimos un recuerdo tan bello, tan dulce como nuestra misma juventud. Nuestra alma fecunda en fuerza se desborda, lanza chispas y destellos de su vida sobre toda la creación; y mientras saludamos con un himno alegre y de continua bienandanza á todos, así á niños como á jóvenes, con un porvenir ilimitado, todo canta y se regocija en la naturaleza en armonía con nosotros.

¡Ah! ¡cuanto amo al brezo, al tilo, á la heredad, á la capilla y á todo lo que me habla de aquel tiempo en que las rosas de la juventud y los lirios de la casta poesía de los primeros años coronaban mi frente! Ellos han participado de mis goces; yo los he visto abrirse voluptuosamente y resplandecer á la cálida luz del sol: entonces que en mi gozosa insuficiencia me lanzaba en el desconocido camino de los destinos humanos. Son mis antiguos compañeros de juegos, mis amigos. Cada uno de ellos me trae á la memoria un recuerdo agradable, una dulce emoción; hablan el lenguaje de mi corazón, todas las fibras más delicadas de mi alma se estremecen á su recuerdo con juvenil energía, y con tranquilo y religioso enternecimiento, doy gracias al Señor de que deja correr aun en el corazón helado del hombre desilusionado, la bienhechora fuente del recuerdo (1).»

Fué también en los primeros años de mi vida militar cuando aprendí á conocer á los habitantes de la campiña, cuando me inicié en sus costumbres, y cuando estudié á fondo su sencillo y bello carácter. Por do quiera que fuera el *furrielito* belga, se hacía amar bien pronto de las gentes cuyo corazón simpatizaba completamente con el suyo, por la dulzura de los instintos, por la sencillez de los gustos y por una indecible sed de generosas afecciones. Sentábase con aquellas buenas gentes junto al hogar ó al lado de los pesebres de las vacas, y contaba sus maravillosas historias, juntaba las manos y rezaba con ellos sentado á la rústica mesa; los acompañaba á la iglesia y se arrodillaba á su lado; iba á los campos con los jóvenes y los ayudaba en sus faenas; y era sobre todo el favorito de los niños, que tenían á gala pasearse con él agarrándose á sus dos manos, y lloraban muchas veces á lágrima viva cuando su buen amigo, *el belga*, tenía que dejarlos para trasladarse á otro acantonamiento.

IV.

Después de ocho meses de esta vida de reposo en las aldeas de la campiña, los cazadores de Niellon recibieron una organización regular bajo el nombre de segundo regimiento de cazadores de á pié, dándoles también entonces un uniforme militar de paño verde con adornos, cuello y vivos encarnados.

Susurrábase que los holandeses reunían fuerzas considerables con intención de invadir el territorio belga, rumores que fueron extendidos y desmentidos muchas veces. Sin embargo, hacia el final de julio de 1831 nos reunimos todos en un matraz cercano á Turnhout. Allí se nos anunció entre las más vivas aclamaciones, que el príncipe Leopoldo había verificado su entrada en Bruselas, en calidad de rey de los belgas, y siguiendo la antigua usanza, había jurado fidelidad á la antigua Constitución del país.

Doce días después, en la noche del 1.º al 2 de agosto, cuando reposábamos tranquilamente en nuestros alojamientos de Turnhout viejo, fuimos despertados repentinamente por el toque de generala, y fuimos precipitadamente al sitio donde se reunía ordinariamente la compañía. Condújosenos entre tinieblas y por caminos tortuosos hasta una inmensa llanura cubierta de brezos y situada entre Ravels, Baerle, Hertog y Wulde. Allí encontramos el resto del regimiento, así como otro batallón de voluntarios que habían ya acampado. Procedióse á la revista de armas y municiones, á fin de que para el día siguiente estuviéramos en disposición de batirnos, porque había pasado la frontera un ejército considerable de enemigos y se hallaba no lejos de nosotros. En efecto, en dirección de la aldea de Wulde oímos relinchos de caballos, y á ciertos intervalos un lejano murmullo sordo é indefinible, que anunciaba la proximidad de una gran reunión de hombres. En medio de aquella oscuridad nos apretábamos mutuamente la mano con entusiasmo; estábamos contentos de que se nos presentara la ocasión de verter nuestra sangre por la patria. Ninguno de nosotros dudaba de la victoria, todos teníamos una firme y valerosa resolución; todos teníamos una confianza ilimitada.

Sin embargo, la aproximación de una gran batalla hacia en mí una profunda impresión; después de haber participado del entusiasmo espontáneo y de las múltiples excitaciones del primer momento, incliné mi cabeza sobre el pecho y pensé en mi padre y en todos aquellos que me eran queridos. Esa aspiración suprema hacia las cosas y

personas amadas es como el testamento del alma; cualquiera que siendo joven, corre un gran peligro lejos del sitio donde ha nacido, sentirá siempre elevarse de su corazón un melancólico y tierno adiós á todo lo que recuerda y teme perder.

Á fin de que el lector pueda comprender los acontecimientos que van á seguir, será forzoso dar algunas explicaciones sobre aquella invasión del territorio belga por los holandeses.

El ejército belga estaba en el estado más deplorable. El congreso nacional residente en Bruselas había consagrado su tiempo á importantes deliberaciones de las que acababa de salir nuestra Constitución y la elección de un soberano. Habíase extendido el decreto creando un ejército respetable, pero en realidad no existía. El servicio de las municiones de guerra no estaba todavía organizado; nada estaba previsto; los regimientos que se hallaban al frente del enemigo, apenas podían disponer de pólvora para un día. Muchos generales y la mayor parte de los oficiales, jamás habían hecho la guerra formalmente; valor é intrepidez no faltaban, pero se carecía completamente de experiencia y prudencia.

Las fuerzas militares de Bélgica, exceptuando la guardia cívica, que servía más bien de estorbo que de otra cosa, podían ascender á treinta mil hombres, y formaban dos grandes divisiones. La primera el *ejército del Escalda*, ocupaba las cercanías de Amberes, al mando del general de Tleken de Terhove, y tenía su cuartel general en el pueblo de Schilde; la segunda, el *ejército del Meuse*, se hallaba en las cercanías de Hasselt, á las órdenes del general Daine. Estos dos cuerpos estaban separados uno de otro por trece horas de marcha.

Los holandeses, por el contrario, habían compuesto y organizado el ejército de invasión con el mayor cuidado. Sus fuerzas, mandadas por el príncipe de Orange y el duque de Sajonia Weimar, contaban cuarenta mil hombres de tropas regulares, y treinta mil guardias nacionales, á los que se añadan cuatro mil caballos y setenta y dos piezas de artillería. La mitad de este ejército entró en Bélgica por la parte de Limbourg, para atacar al ejército del Meuse, y la otra marchó hacia Turnhout, para hacernos retroceder hacia Amberes.

El segundo regimiento de cazadores de á pié que ocupaba las malezas de Ravels, con algunos batallones irregulares, componía lo que se llamaba *brigada de vanguardia*. Eramos en total ochocientos hombres, y poseíamos dos piezas de campaña, habiéndosenos agregado unos veinte cazadores á caballo encargados de transmitir los despachos. La división holandesa que había pisado el territorio belga por Wulde, era una vanguardia de mil hombres.

Nosotros ignorábamos todas estas circunstancias; una sola cosa era lo que sabíamos, y era que los holandeses estaban cerca de nosotros, y que íbamos á batirnos.

Así que los primeros resplandores de la mañana comenzaron á disipar las tinieblas, las dos compañías de preferencia de cada batallón fueron empleadas como tiradores contra el enemigo; las compañías del centro, de que yo formaba parte, permanecieron por mucho tiempo en masa como reserva y sin hacer nada. Un vivo fuego de fusilería duró todo el día sin interrupción; pero como nuestros tiradores estaban al abrigo de los montes y árboles, tuvimos pocos heridos, habiendo hecho nosotros en cambio algunos prisioneros holandeses, que más que prisioneros fueron pasados á nuestras filas. Ni uno solo hablaba holandés, ó francés: todos eran prusianos ó suizos. A medida que se prolongaba el fuego, comenzaba á sentirse la escasez de municiones; y hacia el medio día los cazadores á caballo fueron á buscar los paquetes de cartuchos de las compañías del centro para llevárselos á los tiradores. La idea de que bien pronto nos quedaríamos sin pólvora al frente del enemigo, inquietaba á nuestros oficiales, y á mi presencia, nuestro bravo comandante el general Niellon hizo que le trajeran nuestro único cajón ya vacío, y llamando á un sargento de mi compañía llamado Nogels, intrépido hijo de Fontaine l'Eveque, puso por pupitre el arzon de la silla de su caballo, escribió un oficio con lápiz y le encargó buscarse un valiente que fuese por pólvora... á Amberes. El sargento recibió orden de que el mensajero marchara echando chispas, y que cuando los caballos no pudieran más, tomara los de los aldeanos, usando de la fuerza si fuera necesario.

En todo aquel tiempo nuestros tiradores lanzaban balazos sin descanso á las avanzadas holandesas, que respondían con igual prontitud, y llegó la noche sin que se hubiese obtenido ningún resultado de una parte ni de otra; cada hombre de mi compañía tenía todavía diez cartuchos, debiendo pasarse aun algunos días hasta que pudiésemos recibir más.

No podíamos comprender por qué no se nos mandaba avanzar hacia el enemigo para atacarle en sus atrincheramientos; según nosotros estábamos plenamente convencidos de que los holandeses hubieran huido á nuestra aproximación, puesto que á pesar de su mayor número no se atrevieron á atacarnos á nosotros. La falta de pólvora nos irritaba mucho, y ya murmuraban los soldados en voz baja las palabras traición y defección.

Al otro día por la mañana, así que las brumas de la noche se disiparon, descubrimos en el lejano horizonte una línea gris que parecía moverse, extendiéndose á todo lo largo de la maleza.

(Se continuará.)

LOGOGRIFO.

Es mi nombre una palabra que componen ocho letras,

adjetivo que á las jóvenes suele darse con frecuencia, y que, sea dicho en verdad, cuadra bien á las más de ellas.

Combinando en varios modos los elementos que encierra hallarás un caudal de aguas, un molusco, rica tela, un arma antigua, un metal, un bribon, cifra aritmética, valor que tiene una cosa, aquello que mucho cuesta, un pecado, un ave acuática, nombre propio, animal hembra, sitio de labor campestre, niño en nodriza, una espuerta, una obra hidráulica, un plato muy común en toda mesa, cierto género de hilo, lo que alegría demuestra, un criminal, una planta, parte de un ave, talega, un meteoro luminoso, el que tiene mucha renta, un modo de hablar, un árbol, ave que muy alto vuela, lo que se halla en todo buque, cierta vasija pequeña, una prenda militar, dos frutas, un rey de Persia, otro de Lidia, un triunviro, cierto episodio de tela muy usado por las damas, sinónimo de limpieza, catedral, cierto tabaco, vestido, animal materia, un castigo en la milicia que sabe mal á las piernas, y por último, un romano célebre en armas y en letras, que aunque algunas cosas más sacar de esta voz pudiera, con las ya aquí dichas bastan para caer en la cuenta.

F. A.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 105.

Blancas.

Negras.

1.ª R.ª 4.ª C.R.

1.ª 4.ª R.ª

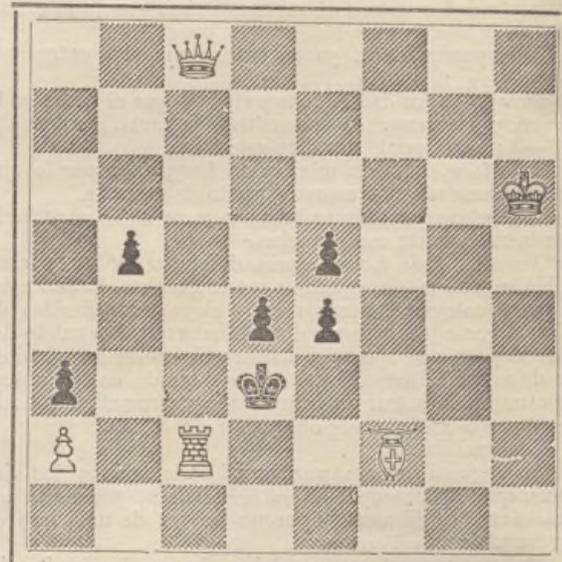
2.ª R.ª 8.ª R.

A. 3.ª R.

3.ª C. 6.ª A.R.ª jaque-mate.

PROBLEMA N.º 106, COMPUESTO POR LA SEÑORITA M. P.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ADVERTENCIA.

Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

Como pudiera suceder que el patron que habria de distribuirse con el presente número no llegase á tiempo, debemos advertir á nuestros suscritores que en tal caso, se repartirá con el número inmediato.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.

(1) La Posada de aldea en las Escenas de la vida flamenco.